SAN IGNACIO DE LOYOLA

Con esta charla pretendo rendir un homenaje a este gran santo español, relatando primero, en breve resumen, su vida y destacando luego los puntos principales de la espiritualidad ignaciana, lo más característico de esa impronta que quiso dar a su Compañía de Jesús, bajo su famoso lema de todo “ad majorem Dei gloriam”, a la mayor gloria de Dios. Actualmente tenemos un Papa que es jesuita y muchos puede que estén pendientes de si se nota algo en él esta condición de “hijo de Ignacio”. Veremos al final de la charla que es posible ver algún detalle jesuita en su actuación, pero sobre todo comprobaremos que el Papa Francisco está conscientemente por encima de cualquier pertenencia; él es el Sumo pontífice de la Iglesia, el sucesor de Pedro, aunque humildemente se llame a sí mismo solo “obispo de Roma”, como era precisamente su antecesor, el también humilde pescador, Pedro.

Ignacio nació en 1491 (un año antes del descubrimiento del “Nuevo Mundo”) en el castillo de Azpeitia, Guipuzcoa, cerca de los Pirineos, Se le bautizó con el nombre de Iñigo. Aunque sus padres, don Bertrán de Oñaz y Loyola y doña María Sáenz de Licona, lo querían destinar a la vida eclesiástica porque era el más joven de los ocho hijos y tres hijas que tuvieron, Íñigo mostró desde jovencito su inclinación a la carrera militar. Estuvo como paje del noble don Juan Velázquez de Cuellar, que era el ministro de hacienda del rey Fernando, en la residencia de Arévalo (Ávila). Tras doce años allí se pasó a servir a don Antonio Manrique, Duque de Nájera y virrey de Navarra. Peleó valientemente defendiendo el castillo de Pamplona contra los franceses, hasta caer herido en la pierna derecha por una bala de cañón el 20 de mayo de 1521, cuando tenía 30 años.

Operado de la pierna, durante su convalecencia en Loyola, por falta de novelas de caballerías, se puso a leer la “Vida de Cristo” y “Vidas de los Santos”. Esto le hizo reflexionar mucho sobre su propia vida y decidió imitar a los santos y no pretender ser un héroe al servicio de un rey temporal sino a la del Rey Eterno. Un año después sale en peregrinación con destino a Jerusalén. De camino, de detuvo unos días en el santuario de Montserrat donde hizo confesión de sus pecados a un monje benedictino de dicho monasterio, cambió sus ropas por las de un mendigo, haciendo antes vela ante la Virgen, la “Moreneta”, a quien ofreció su espada. Al día siguiente, tras la primera Misa, partió hacia Manresa y allí pasó casi un año entero, mientras esperaba barco para ir a Tierra Santa. Se dedicó entonces a una vida de oración y penitencia, sirviendo también en hospitales. En una cueva a la entrada de Manresa hizo una experiencia de lo que luego llamó “ejercicios espirituales”, tomando notas que más tarde se convertirían en el famoso libro que definió el Papa Pío XI como “un código sabio y universal de la dirección espiritual de las almas”.

De allí se marchó a Barcelona donde se embarcó para Italia, llegando a Roma desde donde subió hacia Venecia mendigando. Luego embarcó hasta Chipre y otra nave le llevó a Tierra Santa. Con gran devoción visitó Jerusalén, Belén, el río Jordán, el monte Calvario y el Olivete, es decir, los “santos lugares”. Deseaba quedarse allí pero los franciscanos se lo impidieron pues decían que los peregrinos corrían grandes peligros de ser presos o muertos y aunque él se resistía, le dijeron que tenían autoridad del Papa para obligarle a irse, incluso le amenazaron con la excomunión. Así pues, se volvió a España, tras un viaje lleno de peligros por las tormentas.

Vuelto a Barcelona, a sus 33 años se puso a estudiar latín con niños. Después pasó a las universidades de Alcalá y de Salamanca, juntando estudios con apostolado. En 1528 estaba en la universidad de París. A sus 37 años obtuvo el grado de doctor en Filosofía. Se hizo amigos de seis estudiantes a los que atrajo hacia sus ideales de vida, los que serían luego, junto a Ignacio, los siete pilares de la Compañía de Jesús: Fabro, Javier, Laínez, Salmerón, Rodrigues y Bobadilla. Se cambió el nombre de Íñigo por el de Ignacio y allí hicieron votos de pobreza, castidad y apostolado, así como de ponerse a las órdenes del Papa. Estos votos los hicieron en Montmartre (París) el 15 de agosto de 1534; Ignacio tenía entonces 43 años. Fabro fue ordenado sacerdote en París y los otros cinco compañeros, con Ignacio, en Venecia, en 1537 (a sus 46 años).

Querían ir a Palestina, pero no fue posible, y fueron a Roma para ofrecerse al servicio del Papa y de la Iglesia. El Papa Paulo III aprobó la orden llamada “Compañía de Jesús” el 27 de septiembre de 1540. Ignacio fue elegido como primer Padre General en abril del año siguiente. Mientras sus compañeros, que se multiplicaron rápidamente, salieron en misiones apostólicas a diversas tierras de Italia, Alemania, Austria, Irlanda, India, Etiopía, Japón, América…Ignacio permaneció en Roma, a las órdenes del Papa y escribiendo las “constituciones” de la Compañía de Jesús y muchísimas cartas a los jesuitas de todo el mundo, de las que se conservan 6.795. Predicaba, daba ejercicios espirituales, enseñaba catecismo por las plazas de la ciudad, fundaba instituciones y patronatos para atender a los pobres, a los enfermos, a las muchachas en peligro o descarriadas que querían redimirse, etc. En Roma fundó también el llamado “Colegio Romano”, después llamado “Universidad Gregoriana”, también el “Colegio Germánico”, primer seminario de la Edad Moderna, siguiendo las directrices del Concilio de Trento.

La Compañía de Jesús, con su voto de obediencia al Sumo Pontífice, fue un baluarte de la Iglesia Católica frente al Protestantismo, destacando su amor a Jesucristo y a la Santísima Virgen María. Ignacio murió en Roma el 31 de julio de 1556, a los 65 años. Fue canonizado el 12 de marzo de 1622 por el Papa Gregorio XV, junto con san Francisco Javier, santa Teresa de Jesús, san Isidro el Labrador y san Felipe Neri.

Vamos a destacar las principales características de la ESPIRITUALIDAD IGNACIANA:

1.-BÚSQUEDA APASIONADA DE LA VOLUNTAD DE DIOS.-Al principio del libro de sus “Ejercicios Espirituales”, escribe que “por este nombre se entiende todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mentalmente, y de otras operaciones espirituales según se dirá más adelante, porque así como el pasear, el caminar y correr son ejercicios corporales, por la misma manera, todo modo de preparar y disponer el ánima para quitar de sí todas las afecciones desordenadas y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud de su alma, se llaman ejercicios espirituales”.

Este buscar la voluntad divina en nuestra vida (consideración que muchos no se hacen nunca), el pensar qué quiera Dios y espera de cada uno, muchas veces no es fácil de ver. Hay muchos impedimentos: inclinaciones naturales, instintos, opinión de los demás, etc. A Ignacio esta búsqueda le llevó 25 años de su vida, desde Loyola, Manresa, Montserrat, Jerusalén, Barcelona, Alcalá, Salamanca, París, Roma…siempre pensando hacerlo todo a la mayor gloria de Dios, en un ejercicio continuo de discernimiento espiritual.

Esta palabra, discernimiento, es un sello característico de Ignacio que imprimió en la Compañía de Jesús. Observamos cuántas veces lo usa el actual Papa Francisco. Según el diccionario, discernir es: “Distinguir una cosa de otra, señalando la diferencia que hay entre ellas. Generalmente se refiere a operaciones del ánimo”.

Discernir, en el lenguaje ignaciano, es saber interpretar la voluntad de Dios, a través de los “signos divinos”, pues Dios no se nos manifiesta personalmente, verbalmente, sino por medio de sucesos, personas, acontecimientos, etc. y también por lo que se llama “mociones del Espíritu”, inspiraciones divinas que nuestras potencias del alma pueden percibir, aunque no sea fácil ni muy corriente. Para ello se requiere una actitud previa positiva en la persona; es decir, estar dispuesto el ánimo, querer buscar qué pide Dios a nuestra vida, saber preguntar cada día: “¿Qué quieres y esperas de mí, Señor?” o ante una especial situación, pensar: “¿Qué harías tú, Señor, en mi lugar? “. Es claro que si no nos hacemos estas preguntas, nunca sabremos bien lo que Dios espera de nosotros. De ahí la necesidad que Ignacio plasmó en sus “Ejercicios”, de hacer examen de conciencia: uno general y otro particular. El primero, para luego poder confesarse bien, proponiendo 5 puntos: 1º. Dar gracias a Dios por los beneficios recibidos. 2º.-Pedir gracia para conocer nuestros pecados y lanzarlos.- 3º. Demandar cuenta al ánima…del pensamiento, palabras y obras. 4º. Pedir perdón a Dios de las faltas y 5º. Proponer enmienda con su gracia. “El examen particular y cotidiano contiene en sí tres tiempos”: el 1º, a la mañana, luego de levantarse, debe el hombre proponer de guardarse de aquel pecado particular o defecto que se quiere corregir y enmendar. El 2º tiempo, después de comer, pedir a Dios gracia para acordarse de cuántas veces ha caído en aquel defecto o pecado particular. Para ello Ignacio enseña en su libro la forma de llevar estas cuentas. El 3º, después de cenar, se hace el segundo examen pensando en los fallos desde el mediodía hasta la noche. Indica también cómo se debe ir comparando unos con otros para ver el adelanto.

2.-BUSCAR EL “MAGIS” (EL MÁS O LO MEJOR).-

San Ignacio no se contentaba con hacer lo bueno, sino que pretende siempre lo mejor, y así lo recomienda a todos. Para él no existen las medianías, las medias tintas, (expresión que repite también el papa Francisco); el slogan “Ad majorem Dei gloriam”, las famosas siglas A.M.D.G. de la Compañía, son su expresión predilecta, derivada de la sicología personal de Ignacio, podríamos decir apasionadamente enamorado de Cristo, de la gloria de Dios. Es famosa su interpelación a su compañero Javier, en París: ”¿De qué te sirve ganar todo el mundo si pierdes tu alma?”. Ignacio contagia a sus compañeros ese anhelo de servir a Dios, a la Iglesia, al Papa con amor y entrega total.

3.-CRISTOCENTRISMO.-

De Ignacio se dijo que era un hombre “loco por Cristo”. Lo atestiguan muchos documentos y libros, especialmente el de “Los ejercicios espirituales” que se centra en la figura de Cristo, en su vida, en su Pasión, su Redención y su Resurrección gloriosa. En dicho libro propone: “Conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga” y poco después añade: “…humildad perfectísima, es a saber, cuando …por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiera y elija más pobreza con Cristo que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos, que honores, y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero ser tenido por sabio y prudente en este mundo”.

Ignacio vive él, y propone para los demás, una vida de humildad y servicio, un camino difícil de fidelidad a Cristo, en un grado que muchos en la actualidad ven exagerado y demasiado duro, incluso dentro mismo de algunos miembros de la Iglesia. Este “cristocentrismo” no es excluyente: al principio de le los Ejercicios propone “tres coloquios”, y escribe: “El primer coloquio a nuestra Señora, para que me alcance gracia de su Hijo y Señor para tres cosas” (que son, resumiendo, conocimiento de los pecados, arrepentimiento y aborrecimiento de las cosas mundanas). El segundo coloquio con el Hijo, para que me alcance del Padre, y el tercer coloquio, “con el Padre, para que el Señor eterno me lo conceda”.

4. DISPONIBILIDAD INTERIOR Y EXTERIOR.

Ignacio usa mucho la palabra “OBEDIENCIA”, pero aunque esta palabra no se suele usar casi nunca hoy día, (cuando tanto se habla de derechos y poco de obligaciones…) porque parece que supone algo así como servilismo, sin embargo lo valioso del obediente es que está siempre disponible (palabra ésta más moderna). Disponible ante Dios y ante el prójimo. La verdadera libertad de espíritu no consiste en hacer lo que a uno le viene en gana, sin interferencias de nadie, sino en ajustar nuestra voluntad a la Verdad, que es Dios, a su voluntad que debemos conocer por la Revelación y la venida de Cristo, y para ello liberándonos de las esclavitudes que nos impone la sociedad envolvente. En esto se nota si una persona quiere seguir la fuente ignaciana de la Gracia.

5.- SIMPATIA Y SINTONIA CON TODO LO HUMANO.-

Un aspecto muy típico de la pedagogía ignaciana es el aprecio por todo lo humano que no sea pecado o que induzca al pecado. El servirse de las cosas “en tanto en cuanto” nos ayuden a conseguir el fin para el que hemos sido creados. Jesús ya dijo que nada de lo que entra de fuera puede hacer impuro al hombre sino lo que sale del corazón. De ahí viene el gran respeto por las manifestaciones humanas, por las culturas populares, (por ejemplo, de los indígenas americanos, o japoneses o chinos, etc.) que demuestran los seguidores de Ignacio en sus Misiones, siempre que no sean pecado o induzcan a ello. (Otro día hablaremos de las famosas “Reducciones” del Paraguay). Recuerdo ahora al Papa Francisco bebiendo desde su “papamóvil” un bote de “mate” que le ofrecen…).

6.-“EN TODO, AMAR Y SERVIR”.-

Esta frase, sacada del último “ejercicio espiritual: Contemplación para alcanzar amor”, la podemos considerar como resumen de los Ejercicios, porque lo que persigue Ignacio es que el servicio al prójimo, y por tanto a Dios, se haga con amor y escribe: “el amor se debe poner más en las obras que en las palabras”. Ignacio es calificado como un “contemplativo en la acción”. Pretende superar la dicotomía entre contemplación y acción, propia de otras espiritualidades anteriores. El planteamiento ignaciano es “oración en la acción”. Hoy día este principio está generalmente aceptado, como vemos en casos tan conocidos como Teresa de Calcuta, o en Josemaría Escrivá, por ejemplo. Claro que hay casos de sólo contemplación en algunas órdenes de monjes o monjas, pero siempre pensando en la ayuda a los activos; como el ejemplo de Teresa de Lisieux, patrona de las Misiones sin salir de su convento…

7.-AMOR Y LEALTAD A LA IGLESIA.-

San Ignacio no funda una orden religiosa con unas normas o constituciones propias y, podríamos decir con un lenguaje actual, muy “autonómicas”, sino que en sus Ejercicios, al final de ellos, tiene un capítulo que dice: “PARA EL SENTIDO VERDADERO QUE EN LA IGLESIA MILITANTE DEBEMOS TENER, GUÁRDENSE LAS REGLAS SIGUIENTES”, y señala 18 reglas. En la 1ª, dice: debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la vera esposa de Cristo nuestro Señor, que es nuestra santa madre Iglesia jerárquica”. Y siguen estas reglas que resumiendo mucho son: confesar con sacerdote y comulgar, no solo una vez al año sino mejor cada mes y mucho mejor cada semana, con las condiciones debidas. Oír Misa a menudo, y recomienda “cantos, salmos, y largas oraciones en la iglesia y fuera de ella…peregrinaciones, alabar reliquias de santos, ayunos y abstinencias y todos los preceptos de la Iglesia, teniendo ánimo presto para buscar razones en su defensa y en ninguna manera en su ofensa…abonar y alabar las costumbres de nuestros mayores…alabar la doctrina positiva y escolástica de santo Tomás, san Buenaventura y del Maestro de las Sentencias…” Hay que tener en cuenta que en aquellos años surgió y se extendía el Protestantismo, contra el cual y, en defensa de la doctrina ortodoxa, tanto actuó la Compañía de Jesús; de ahí que entre estas recomendaciones de los “Ejercicios” diga San Ignacio: “Debemos tener siempre, para en todo acertar, que lo que yo veo blanco, creer que es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina, creyendo que entre Cristo nuestro Señor y la Iglesia, su esposa, es el mismo Espíritu quien nos gobierna y rige…porque por éste Espíritu, que dio los diez mandamientos, es regida y gobernada nuestra santa madre la Iglesia”.

Estas recomendaciones de san Ignacio en sus Ejercicios, deben interpretarse actualmente, según unos padres jesuitas han enunciado, como “No hacer interpretaciones unilaterales de los puntos doctrinales más difíciles…cultivar nuestra fe con la Sagrada Escritura y las enseñanzas del Magisterio, y orar mucho para que nuestra fe esté centr4ada en el amor a la persona de Jesús”.

8.- PROPAGACION DE LA FE.

Es decir, vocación misionera, evangelizadora, como se lee en la Bula fundacional de la Compañía de Jesús (año 1550): la finalidad de dicha fundación es “emplearse en la defensa y propagación de la fe y el provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana”.

El Papa FRANCISCO es el primer Papa jesuita de la Historia. San Ignacio no quería que los jesuitas ostentaran cargos en la Iglesia; estaba para servirla y además, con el 4º voto de obediencia al Sumo Pontífice. En vida de él no hubo obispos ni cardenales de la Compañía. Pero los tiempos cambian muchas cosas y hemos podido conocer algún Cardenal jesuita y ahora al Papa.

El Papa está por encima de cualquier pertenencia, pues es el sucesor de Pedro y solo debe seguir los pasos de Cristo, desvinculado de cualquier orden religiosa, por encima de jesuitas, franciscanos, dominicos, agustinos, benedictinos, etc. etc. Pero muchas veces nos preguntamos si se nota en el actual Papa algún detalle que lo identifique como jesuita, y se observan algunos.

1.-Exponer las homilías o algún discurso distinguiendo tres puntos en la exposición, que los va glosando y quedan así bien marcados en la mente de los oyentes. Así lo hizo, por ejemplo, en la primera alocución a los cardenales que le eligieron, como en otras muchas ocasiones posteriores.

2.-El uso de la palabra “discernimiento”, que tanto utilizaba Ignacio: conocer y sopesar los problemas.

3.-La designación de un grupo de cardenales de todo el mundo para que le asesoren: es una costumbre en la Compañía que cuando se nombra a un Padre General de la Orden, éste designa 7 asistentes de diferentes lugares del mundo para aconsejarle.

4.-El carácter “cristocéntrico”, que ya comentamos antes. El Papa siempre sintetiza sus homilías conduciendo al punto fundamental: la fe en Cristo y su seguimiento. Ha designado a nuevos cardenales y en su discurso lo fundamental que les ha predicado es la “santidad” y el servicio a la Iglesia.

5.-El carácter eminentemente misionero, evangelizador, que tiene la Compañía de Jesús , y su entrega o dedicación a los pobres: en América de Sur, Africa, la India, etc. El salir hacia las “periferias”, como repite el Papa., periferias que no son solo las geográficas sino también las existenciales: hacia los que carecen de doctrina, de predicadores, de misioneros.